



BOLETIN OFICIAL ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE MENORCA.

Este BOLETIN se publicará ordinariamente una vez al mes, sin perjuicio de los números extraordinarios que disponga nuestro Ilustrísimo Prelado.

SE SUSCRIBE EN LA
SECRETARÍA DE CÁMARA.

PRECIO DE SUSCRIPCION.
UN AÑO 6 PESETAS

SOBRE LA DEVOCION DEL ROSARIO

CARTA ENCÍCLICA

DE

NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEON XIII

PAPA POR LA DIVINA PROVIDENCIA

A LOS PATRIARCAS, PRINCIPALES, ARZOBISPOS, OBISPOS Y OTROS ORDINARIOS EN PAZ Y COMUNION CON LA SEDE APOSTÓLICA.

A nuestros venerables hermanos los Patriarcas, etc.

Leon Papa XIII

Muchas veces, en el transcurso de nuestro pontificado, atestiguamos públicamente nuestra con-

fianza y piedad respecto á la Bienaventurada Virgen, sentimientos que abrigamos desde nuestra infancia, y que durante la vida hemos procurado mantener y desarrollar en nuestro corazón. A través de circunstancias funestísimas para la religión cristiana y para las naciones, conocimos cuán propio era de nuestra solicitud recomendar ese medio de paz y de salvación que Dios, en su infinita bondad, ha dado al género humano en la persona de su Augusta Madre, y que siempre se vió patente en la historia de la Iglesia.

En todas partes el celo de las naciones católicas ha respondido á nuestras exhortaciones y deseos; por todas partes se ha propagado la devoción del Santísimo Rosario, y se ha producido copia de excelentes frutos. No podemos dejar de celebrar á la Madre de Dios, *verdaderamente digna de todo loor*, y recomendar á los fieles el celo y el amor a María, Madre de los hombres *llena de misericordia y de gracia*. Tanto más que nuestro ánimo, lleno de apostólicos cuidados, sintiendo acercarse cada vez más el momento último de la vida, mira con más gozosa confianza á la que, como aurora bendita, anuncia la ventura de un día interminable. Si nos es grato, Venerables Hermanos, el recuerdo de otras cartas publicadas en fecha determinada en loor del Rosario, oración en todos conceptos agradable á la que tratamos de honrar, y utilísima á los que debidamente la rezan; grato nos es también insistir en ello y confirmar nuestras instrucciones. Excelente ocasión se nos ofrece de exhortar paternalmente á las almas y corazones para que aumente su piedad y se enfervoricen con la esperanza de los inmortales premios.

La oración de que hablamos recibió el nombre especial de Rosario, como si imitase el suave aro-

ma de las rosas y la belleza de los floridos ramilletes. Tan propia como es para honrar á la Virgen llamada *Rosa mística* del Paraiso, y coronada de brillante diadema, como Reina del Universo, así parece anuncio de la corona de celestiales alegrías que María deparará á sus siervos.

Bien lo ve quien considera lo que es el Rosario: nada se nos aconseja más en los preceptos y ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo y de los Apóstoles que el invocar á Dios, y pedir su auxilio. Los Padres y doctores nos hablaron luego de la necesidad de la oración, tan grande, que si los hombres descuidan este deber, en vano esperarán la salvación eterna.

Mas si la oración por su misma índole y según la promesa de Cristo es camino que conduce á la consecución de las mercedes, sabemos todos que hay dos elementos que la hacen eficaz: la asiduidad y la reunión de muchos fieles.

Indicase la primera en la bondadosísima invitación que nos dirige Cristo: *Pedid, buscad, llama-
mad.* (Math. VII, 7.) Parécese Dios á un buen Padre que quiere contentar los deseos de sus hijos; pero también quiere que éstos con instancia acudan á él y como que con sus ruegos le importunen, de suerte que liguen á Él su alma con los vínculos más fuertes. Por lo que toca á la reunión de los fieles, Nuestro Señor más de una vez habló de la oración en comun: *Si dos de entre vosotros se reúnen en la tierra, mi Padre que está en los Cielos les concederá lo que pidan; porque donde se hallen dos ó tres reunidos en mi nombre, yo estaré entre ellos.* (Math. XVIII, 19 y 20). Así dice enérgicamente Tertuliano: «Nos reunimos para sitialar á Dios con nuestras oraciones como en escuadrón cerrado; violencia agradable á Dios.» Son de

Santo Tomás de Aquino estas memorables frases: «Imposible que las oraciones de muchos hombres, no sean escuchadas, cuando, por decirlo así, forman una sola.»

Ambas recomendaciones se hallan bien aplicadas al Rosario. Porque en él, en efecto, redoblamos nuestras súplicas para implorar del Padre celestial el reinado de su gracia y de su gloria, y asiduamente invocamos á la Virgen María para que, por su intercesión nos socorra, ya durante la vida, ya en la última hora cuando nos hallaremos á las puertas de la eternidad. Apropiado es también el Rosario á la oración en común, y con razón se le ha llamado *Salterio de María*. Debe renovarse religiosamente esa costumbre de nuestros mayores; en las familias cristianas, en la ciudad y en el campo, al finar el día y los rudos trabajos del mismo, reuníanse ante la imagen de la Virgen y rezaban una parte del Rosario. Vivamente interesada por esta piedad filial y común María, como la madre al hijo, protegía á las familias y les concedía los beneficios de la paz doméstica, que era como presagio de la celestial.

Considerando esa eficacia de la oración en común, entre las decisiones que en varias épocas tomamos respecto al Rosario, dictamos ésta: «deseamos que diariamente se recite en todas las catedrales, y todos los días de fiesta en las parroquias» (Letra apostólica, *Salutaris ille*, del 24 Diciembre 1883.) Obsérvese esta práctica con celo y constancia; y nos alegraremos de que se observe, acompañada de otras manifestaciones solemnes de la piedad pública y de peregrinaciones á los santuarios célebres, cuyo número debemos desear que se aumente.

Esa Asociación de rezos y ~~alabanzas~~ á María

tiene mucho de tierno y saludable para las almas. Nos lo sentimos y nuestra gratitud nos hace recordarlo, cuando en ciertas solemnes circunstancias de nuestro Pontificado, nos hallábamos en la Basílica Vaticana, rodeado de gran número de personas de todas condiciones, que uniendo sus ánimos, votos y confianza á los nuestros, rezaban con ardor por los misterios y oraciones del Rosario á la misericordiosa Protectora de la Religión católica.

¿Y quién se atreverá á pensar y decir que la viva confianza que tenemos en el socorro de la Virgen es demasiada? Ciertamente el nombre y representación de perfecto Reconciliador sólo conviene á Cristo, porque sólo Él, Dios y Hombre á la vez, restituyó al género humano á la gracia del Padre Supremo: *Solo hay un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre, que se entregó á sí mismo como Redentor de todos.* (1 Timoteo, II, 5-6.) Mas, si como enseña el Doctor Angélico, nada impide que otros sean llamados, *secudum quid* mediadores entre Dios y los hombres, porque colaboran á la unión del hombre con Dios *dispositively et ministerialiter* (III, q. XXVI, a. 1, ad 2) como los ángeles, Santos, Profetas y Secerdotes de ambos Testamentos; la misma gloria conviene plenamente á la Santísima Virgen. No es posible concebir que para reconciliar á los hombres con Dios haya habido ó pueda haber quien obre con tanta eficacia como la Virgen. Porque ella es la que dió un Salvador á los hombres, que se precipitaban á la eterna perdición, cuando recibió la nueva de un sacramento de paz anunciado á la tierra por el Angel, y dió su admirable consentimiento *en nombre de todo el género humano* (S.

cual nació Jesús, y por lo tanto es su verdadera Madre, y por la misma razón digna y gratísima Mediadora para con el Mediador.

Como estos misterios se incluyen en el Rosario y sucesivamente se ofrecen á la memoria y meditación de los fieles, se ve lo que significa María en la obra de nuestra reconciliación y salvación. Nadie puede sustraerse á un tierno afecto viendo presentarse á María en el hogar de Isabel como instrumento de las gracias divinas y cuando presenta su Hijo á los pastores, á los Reyes, á Simeón. Pero ¿qué se ha de sentir, pensando que la sangre de Cristo vertida por nosotros, y los miembros en que presenta á su Padre las llagas recibidas en precio de *nuestra libertad*, son el mismo cuerpo y la sangre misma de la Virgen? «La carne de Jesús es, en efecto, la de María, y aunque haya sido exaltada por la gloria de la resurrección, su naturaleza quedó siendo la misma que tomó de María.» (San Agustín).

También hay otro fruto notable del Rosario en relación con las necesidades de nuestra época, del cual hemos hecho mención en otras ocasiones, y consiste en que, viéndose expuesto á tantos ataques y peligros la virtud de la fe divina, el Rosario da al cristiano con qué alimentarla y fortificarla eficazmente. Las divinas Escrituras llaman á Cristo *autor y consumidor de la fe* (Heb. XII, 2); *autor* de la fe porque Él mismo enseñó á los hombres un gran número de verdades que debían creer, sobre todo las relativas á Dios mismo y al Cristo en que *reside todo el lleno de la divinidad* (Col., 11, 9) y porque, por su gracia y en algún modo por la unción del Espíritu Santo, les da afectuosamente los medios de creer; y *consumidor* de la misma fe, porque El hace evidente en el cielo cuan-

to el hombre no percibe en su vida mortal más que á través de un velo, y allí cambiará la fe presente en gloriosa iluminación.

Ciertamente la acción de Cristo se hace sentir en el Rosario de una manera poderosa. Consideremos y meditamos su vida privada en los misterios gozosos, la pública hasta la muerte entre los mayores tormentos, y la gloriosa que, después de la resurrección triunfante, se ve trasladada á la Eternidad, donde está sentado á la diestra del Padre. Y pues que la fe para ser plena y digna debe necesariamente manifestarse, *porque se cree en el corazón para la justicia, pero se confiesa la fe con la boca para la salvación (Rom. X, 10)*, encontramos precisamente en el Rosario un excelente medio de confesarla. En efecto; por las oraciones vocales que forman su tejido podemos expresar y confesar nuestra fe en Dios, nuestro Padre, lleno de providencia; en la vida de la eternidad futura, en la remisión de los pecados, y también nuestra fe en los misterios de la Trinidad Santísima, del Verbo hecho carne, de la divina maternidad y en otros misterios. Nadie ignora cuál es el valor y el mérito de la fe. Ni es otra cosa la fe que el germen escogido, del que nacen actualmente las flores de toda virtud, por las que nos hacemos agradables á Dios, de donde nacerán más tarde los frutos que deben durar para siempre. *Porque el conocerte á ti es la perfección de la justicia y el conocer tu justicia y poder es la raíz de la inmortalidad. (Sap. XV, 3).*

Conviene añadir á este propósito algo de los deberes de virtud que necesariamente exige la fe. Entre ellos se halla la penitencia, que comprende la *abstinencia*, necesaria y saludable por más de un concepto. Si la Iglesia en este punto obra cada

dia con más indulgencia con sus hijos, comprendan éstos, en cambio, su deber de compensar con otros actos esa maternal indulgencia. Añadimos con gusto este motivo á los que nos han hecho recomendar el Rosario que también puede producir buenos frutos de penitencia, sobre todo meditando los sufrimientos de Cristo y de su Madre.

En nuestros esfuerzos para lograr el supremo bien, ¡con qué sabia Providencia se nos indica el Rosario como socorro que á todos conviene, fácilmente aprovechable, mayor sin comparación que otro alguno! Aun el hombre medianamente instruido en asuntos de Religión puede servirse de él fácilmente y con utilidad, y el Rosario no toma tanto tiempo que perjudique á cualesquiera ocupaciones. Los anales sagrados abundan en ejemplos famosos y oportunos, y se sabe que muchas personas, cargadas de importantes quehaceres y grandes trabajos, jamás han interrumpido un solo día esta piadosa costumbre. Bien se concilia esta devoción con el íntimo afecto religioso que profesamos al sacro rosario, afecto que á muchos les lleva á amarlo como compañero inseparable de su vida y como fiel protector, y á estrecharlo contra su pecho en lo último de la agonía, considerándolo como el dulce presagio de la *incorruptible corona de la gloria*. Presagio que se apoya en la copia de *sagradas indulgencias*, si el alma se encuentra en disposición de recibirlas. De ellas ha sido enriquecida la devoción del Rosario cada vez más por nuestros predecesores y por Nos mismo, concedidas en cierto modo por las manos mismas de la Virgen misericordiosa, utilísimas á los moribundos y á los difuntos para que cuanto antes gocen de los consuelos de la paz tan deseada y de la *luz eterna*.

Estas razones, Venerables Hermanos, nos mueven á alabar siempre, y á recomendar á los pueblos católicos tan excelente fórmula de piedad y devoción tan conducente para llevar al hombre al puerto de salvación. Pero aún tenemos otro muy grave motivo, que ya en nuestras cartas y alocuciones os hemos manifestado, como abriendo de par en par nuestro corazón. Nuestras acciones, en efecto, se inspiran más ardientemente cada día en el deseo—concebido en el divino Corazón de Jesús—de favorecer la tendencia á la reconciliación que apunta entre los disidentes. Comprendemos que esa admirable unidad no puede prepararse y realizarse por mejor medio que por la virtud de las santas oraciones. Recordamos el ejemplo de Cristo, que en una dirigida á su Padre le pidió que sus discípulos fuesen *una sola cosa* en la fe y en la caridad; y que su Santísima Madre dirigiera la misma ferviente oración es cosa indudable para el que lea la historia apostólica. Esta nos representa la primera Asamblea de los Apóstoles, implorando á Dios y concibiendo gran esperanza en la prometida efusión del Espíritu Santo y á la vez á María presente en medio de ellos y orando especialmente: *Todos perseveraban en la oración con María, madre de Jesús.* (Act. I, 14.) Por eso también la Iglesia en su cuna se unió justamente á María en la oración, como promovedora y custodio excelente de la unidad, y en nuestro tiempo conviene obrar así en el mundo católico, sobre todo en el mes de Octubre, que ha mucho tiempo, por razón de los días infaustos que corren para la Iglesia, ha sido destinado á la expresada devoción, y por eso hemos querido dedicarlo y consagrarlo á María, invocada en rito tan solemne.

Redóblese, por tanto, esa devoción, sobre todo

para obtener la santa unidad. Nada puede ser más dulce y agradable para Maria, que íntimamente unida con Cristo, desea y anhela que los hombres todos, favorecidos con el mismo y único bautismo de Jesucristo, se unan á Él y entre sí por la misma fe y en una perfecta caridad.

Que los augustos misterios de esta fe, por el culto del Rosario, penetren más hondamente en las almas para obtener el dichoso resultado de «imitar lo que contienen y lograr lo que prometen.»

Entre tanto, como prenda de las divinas mercedes y testimonio de nuestro afecto, os concedemos benignamente á cada uno de vosotros y á vuestro clero y pueblo la bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el día 20 de Septiembre del año 1896, de nuestro Pontificado el décimonono.

LEON PAPA XIII.

CONSAGRACION DEL NUEVO PRELADO.

El domingo 4 de Octubre, como estaba anunciado, tuvo lugar en la Santa Basílica de Valencia la grandiosa ceremonia de la consagracion de nuestro muy amado Sr. Obispo, el Ilmo. Dr. D. Salvador Castellet y Pinazo.

Era muy hermoso el golpe de vista que ofrecía la histórica iglesia Mayor, cuyo ancho presbiterio había sido agrandado, como es costumbre en las grandes solemnidades.

A la derecha del altar se destacaba el trono prela-cial, y más abajo el altar en que había de ser reves-tido y celebrar su misa el nuevo obispo, viéndose en el extremo inferior los sitiales destinados al Capitan general y Gobernador civil.

Ocupaban la izquierda del altar mayor, en primer término los asientos de los señores obispos de Segorbe y Orihuela y los destinados al Cabildo, ocupando el espacio restante del presbiterio los bancos de la corporación.

Desde el presbiterio hasta el coro, y cerrado el espacio de la nave central por verjas de bronce, había asientos para los invitados.

A las siete y media de la mañana comenzaron en el coro las horas canónicas, y terminadas estas, el deán Dr. Cirugeda, acompañado del Dr. Chavas, en representación del Cabildo que apadrinaba al nuevo obispo, han marchado á casa del Dr. Castellote, llevándolo en un carruaje al palacio arzobispal.

El elemento oficial se reunió en la casa Vestuario, y precedido de los vergueros pasó á la Basílica.

Momentos antes de las nueve el nuevo obispo, acompañado de los de Mallorca y Coria y del Cabildo penetró en el templo.

A las nueve el Emmo. Prelado Cardenal Sancha, asistido de los Sres. Lolamo y Ferreiroa, ha vestido en el altar mayor los ornamentos pontificales de color blanco que regaló á esta Basílica Su Santidad Leon XIII con motivo de la fiesta de su jubileo.

Los obispos de Mallorca y Coria, Sres. Cervera y Peris Mencheta, han vestido el amito, roquete, estola y capa pluvial, y el Dr. Castellote, amito, estola y capa, comenzando acto seguido las preces de costumbre.

Su Ema. de espaldas al altar mayor, recibió al Dr. Castellote, presentado por el obispo de Mallorca, y el notario eclesiástico dió lectura al mandato apostólico, prestando el nuevo obispo el juramento de rúbrica.

Se ha celebrado la misa, y terminado el gradual, el Sr. Castellote ha tomado asiento en su Sede, siendo despojado de la capa por los familiares, que le han

calzado las sandalias, poniéndole la cruz pectoral, es tola, tunicela, dalmática, casulla y manipulo.

Cantadas las letanías mayores, el señor Cardenal impuso el libro de los Evangelios sobre la cabeza del consagrado, y dicho el *Prefacio* se cantó el *Veni Creator*, procediendo el consagrante á ungir al nuevo obispo, que ha recibido después el báculo y el anillo.

Después del *Ofertorio* se hizo la ofrenda y terminadas las ceremonias se cantó el *Te-Deum*, y el nuevo obispo, acompañado de los doctores Cervera y Peris Mencheta, obispos de Mallorca y Coria, respectivamente ha dado una vuelta por la Iglesia, bendiciendo al pueblo fiel.

El nuevo obispo Dr. Castellote, acompañado de los demás prelados, pasó al Palacio Arzobispal, donde recibió muchas felicitaciones, á las que unimos la nuestra muy sincera, respetuosa y cordial.

TOMA DE POSESION Y LLEGADA DE S. S. ILMA

Tenemos el mayor gusto en poder participar á nuestros lectores que el próximo domingo, festividad de todos los Santos, nuestro Ilmo. y Rdm. Prelado, Dr. D. Salvador Castellote y Pinazo tomará posesion de la Sede é Iglesia de Menorca, representado en el acto por el M. I. Sr. D. Diego Trives, Dean de esta Santa Iglesia Catedral. Asimismo podemos dar la gratisima noticia de que S. Sria. Ilma. piensa llegar á esta ciudad el dia doce del próximo Noviembre, verificándose en su consecuencia su entrada solemne el domingo inmediato al dia de su llegada. Sea todo para mayor gloria de Dios y bien espiritual y temporal de todos los diocesanos.